

Hace cien años Se fue, del Aburrá, el último tigre

Por Margaritains Restrepo Santa María

Entérense, señores y señoras. ¡A quien interese! ¡Vengan, oigan! Es oficial la noticia. Porque doña Mariana de Austria, viuda del Rey Felipe IV, así lo quiso, Medellín no es un pueblito cualquiera sino, con sus 8 cuadras de largo y otras 8 de ancho, una poderosa Villa. «Entérense!» Por ahí va Antonio, negro esclavo, preguntando. Por la Plaza Mayor «Parque de Berrio», junto a casas de paja y madera, al lado de la iglesia de La Candelaria que como manda la Corona española, para todos los templos se ubica en el costado oriental del parque.

«¡Buenas notificaciones!» El negro Antonio pregona con «cajas y clarines». Mientras Gabriel, Bernardino, José y Félix, a quienes otros no falta quien les diga que su pueblo no pasa de ser una pobre aldea, paran la oreja, callan y se miran. Y por el morro de El Salinador, arecha un tigre. «Entérense!» A partir de este noviembre de 1675, Villa de la Candelaria de Medellín seremos. Para celebrar, el padre Juan Gómez de Ureña, el que estaba en el Poblado de San Lorenzo de Aburrá, los invita a misa.

CON FLAUTA Y TAMBOUR

«Eh, Toño! Y usted, qué está tan entereado, hablérense de las cosas viejas de esta tierra, ¿qué pasó cuando los descubridores Jorge Robledo y José Luis Tejero emigraron de este valle; y qué pasó con los indios? Los niños y jóvenes de la nueva Villa salen detrás de Toño, y lo presionan pa' que hable. Será esclavo, pero de tanto andar con los de la pesada, maneja mucha información local que suelta, cuando sus años se descuidan, de vez en cuando, de tarde en tarde.

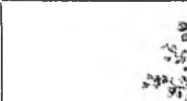
«¿Que qué pasó con qué y con quién? Valle del Aburrá. 1675. 316 años ha. Cansado de sus pregones, Toño se sienta en una esquina de la Plaza, para a trabajar su memoria... Allá en el morro sigue el tigre...»

Han pasado 134 años desde que Tejero y Robledo le dieron al Valle del Aburrá un primer vistazo (1541).

Han pasado unos 100 años (1575) desde que por este valle se residenció Gaspar de Rodas, como colonizador de la zona y con encomiendas, sustento y alfabetización, por trabajo a mi cargo, indio.

Han pasado 59 años desde que el Oidor Francisco Herrera Campuzano fundó el Resguardo y Doctrina de San Lorenzo, al lado de la quebrada El Guamaal (año 1616). El llamado Poblado

Nos Descubrieron 3



¿Ahí si caben?

Hoy se encuentran en ese punto las calles Boyacá y Bolívar. Allí, en la casa y seccionó el cabildo. Las autoridades de la ciudad, en esa casa tan enanita? Tal vez era menos voluminosa la burocracia. Del libro Una vida, una lucha, una victoria...

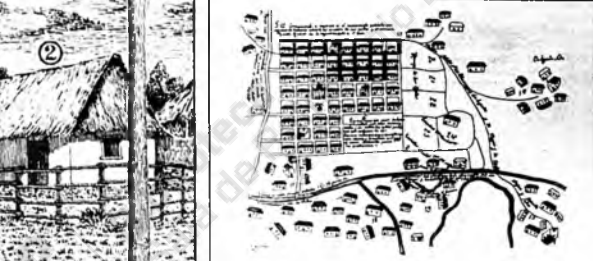
Y han pasado un poco más de 30 años, desde que se iniciaron en forma los asentamientos por los lados de la vieja quebrada de Aná o Santa Elena -tapada, a la fuerza, por el pavimento de la Avenida La Playa- (entre 1640 y 1650). Actual centro de la ciudad.

CENTRO Y ARRABAL

«Entérense, señores y señoras! Medellín no es un pueblito cualquiera, sino una poderosa Villa. Sigue Toño con sus recuerdos... Y en el morro el tigre...»



¡Adivina, adivinador! Ya no estaba Antonio, el negro esclavo, por ahí. Pero aún rondaba por el Valle del Aburrá el último tigre. Es el Río Medellín que supo de muchachos pescando y de balsas. En 1895. Archivo de El Colombiano.



Medellín en pequeño Parece un dibujo de niños... Así cuentan que era Medellín en la segunda mitad del siglo XVIII. Es una de las dos versiones existentes; y copia hecha por el dibujante Enrique Cerezo, del croquis firmado por Vargas Cochazzi. Del libro Una vida, una lucha, una victoria...

Decae Santa Fe de Antioquia, con la ayuda de una depresión en la zona minera cercana. Medellín crece en importancia. El Valle del Aburrá planta a tierra prometida. Aquí caen encomenderos, comerciantes, curtidores mineros. Se convierte en centro de intercambio de servicios. Valle del Aburrá. Primero se establecen unos resguardos indígenas. Poco a poco, con hatos y estancias y viviendas de españoles, se le reducen la tierra a los nativos. Se me van por los lados de La Estrella, mis queridos indios. Allí está Toño, en lo que llamaron Parque de Berrio. En la Villa que, como manda la corona, está dispuesta en «cuadrículas». Soñares amurallados, pero con ranchos no con palacios, y no por cuestiones de seguridad, sino por establecer límites. Medellín. Una plaza central, con iglesia, cabildo, cárcel... Y una disposición que no olvida las jerarquías sociales: en la plaza y al lado de ella se me hacen los de la **Jal. Jal.** españoles y aynes; y hacia los arrabales o extramuros artesanos y mestizos, curtidores, indios, negros libres. ¡Aah! Y para uso colectivo-recreación, leña para sus casas, espacio para las vacas, pasto para los caballos, les ofrecemos los ejidos o zonas comunitarias en las afueras de la ciudad. Toño, con sus recuerdos... Y en el morro el tigre...

TIC, TAC, TIC...

¡Noticia buena, noticia! Los españoles vinieron, y vieron y se fueron... El Valle del Aburrá seguiría su curso. Y su corazón, Medellín; los primeros cien años frenada en crecimiento físico. Luego, de mucha riqueza y empuje. Tic, tac, tic, tac...



El Poblado El Poblado de San Lorenzo de Aburrá, para algunos historiadores el primer embrión de la ciudad de Medellín, nació como resguardo de indios. Sería El Poblado. Era su cara el último decenio del pasado Siglo. En presente, como a la señora de mantilla y vestido largo. Súbale altura a la Iglesia. Póngale bulla y carros -Foto de Melitón Rodríguez - Archivo de El Colombiano.

Desaparecen o se emmoran los caminos de piedra prehispanicos. Tic, tac, tic, tac...

Se desplazan del valle las labores ganaderas y agrícolas. Adiós moda de algunos pudientes de Santa Fe: tener, por aquí, finca. Tic, tac, tic...

Adiós a tantos arboles y cultivos... Hielvenidos, cemento, ladrillo y pavimento en grande. Autopistas, transversales, avenidas, puentes, urbanizaciones...

No quedará nada de los primeros ranchos... Nada de los segundos... Ni de los evocativos nombres de las calles de la vieja ciudad central: Real (Boyacá), del Amor, de las Frutas, de las Algras, del Silencio, De la Fábrica, Del Saucú (Péñitche), de la Amargura (Ayacucho), del Prado (Carabobo), del Resbalón (Junín), de la Alameda (Colombia). Sólo el testimonio mudo de un Río Medellín, que supo de muchachos pescadores y prestó sus aguas a trozas de madera y balsas. Tic, tac, tic...

BUSCA GALLINAS

Los conquistadores españoles... ¡Vinieron, vieron y se fueron!

Nunca imaginaron la transformación del valle que, en visperas, del Siglo XXI se acerca a los 3 millones de habitantes en sus diez municipios: Medellín, Bello, Iturbide, Girardot, Hispano, Copacabana (La Tabajera), Envigado (su nombre porque la zona, rica en bosques, proveía de vigas para construcción), Sabaneta, Cúchidos, La estrella, Itagüé, Barbosa...

Nunca sospecharon que este valle, protagonista de un crecimiento desmesurado después de los años veinte, a partir del proceso de industrialización, terminaría por acoger, en su seno, como olla de presión, alrededor del 50% de los habitantes del Departamento.

Pensar que sufrían porque no iba a haber la gente y porque no daban abasto para ofrecerle «el pasto espiritual» a los parroquianos nacidos más de 300 años.

Pensar que, cuando no se había perdido el sentido de las proporciones, en 1797, sumaban 446 casas en el todo el Valle del Aburrá (242 de la ciudad de Medellín, 46 en Envigado, 35 de ellas con balcón; y 24 Iglesias. ¡A rezar, hijos!

«Entérense!» Valle del Aburrá. 1675. 316 años ha. Cansado de sus pregones, Toño se sienta en una esquina de la Plaza...

No vivirá para enterarse de que, en 1895, junto al Cabildo, algún día aqueces que fumen en el atrio de la Candelaria, recibirán su castigo: 25 azotes para indios y negros, 15 de cárcel para los mestizos, y 510 de multa para los nobles. La ley seguirá siendo para los de mañana.

No vivirá para enterarse de que, en la última década del Siglo XIX, desaparecerá un descendiente del aviador que lo vigila desde el morro; terror de las gallinas de los solares del Valle del Aburrá: nuestro último tigre.

Mañana: ¿Y qué pasó con Aburrá? Un día se murieron los barrios. Última crónica.

Fuentes de consulta

Entrevistas: Javier Piedrahíta, Carlos Julio Calle, Verónica Peretti, Germán Suárez. Libros y documentos: El Camino de Medellín, de José Antonio Benítez. El Cojo, con transcripción, prólogo y notas Roberto Luis Jaramillo. La Crónica del Perú, de Pedro de Cieza de León. Viajes por Colombia, de Jorge Brison. Historia de Antioquia (dirigido por Jorge Orlando Melo). Introducción a la arqueología de Medellín, de Graciela Ana Ardi. Medellín: General y Compendio Histórico del Estado de Antioquia, de Manuel Uribe de Angel. Una vida, una lucha, una victoria, de Lvarado Ospina. Del Poblado de San Lorenzo a la Parroquia de El Poblado, de Javier Piedrahíta Echeverri, pbro. El Medellín que se fue, de Alberto Uribe Vallejo. Cosas viejas de la villa de la Candelaria, de Lisandro Ochoa. Miscelánea sobre la historia, los usos y las costumbres de Medellín, de Alberto Bernal Niebla.

Con sombrero de copa y descalzos

«La ciudad blanca se extiende en un magnífico valle rodeado de montañas lejanas; empleo a bajar a las 6 a.m.; el camino en zigzag es pedregoso, barroso y penoso (...). El gracioso valle de Aburrá, que apenas tiene cuatro leguas de máxima anchura por 10 de longitud, está poblado por 140.000 habitantes» (Colombia tiene unos 4.243.000).

(...) Al penetrar en la ciudad llama inmediatamente la atención la animación y la actividad que reina en sus calles asenadas y bien conservadas. Las casas se componen en general de un piso bajo, algunas de dos, muy pocas de tres; todas las ventanas son provistas de barrotes de madera pintada, ó balcones; los almacenes casi todos sin vidrieras ni escaparates exteriores (...).

El aspecto de las calles (...). Es interesante: los arrieros conducen sus cargas que llegan de todos los puntos de la Provincia; los vendedores ambulantes con surtidos de cacho o cuerno, bien trabajados y pulimentados en totumas, alfileres y peinetas, perchas para colgar; otros con grandes esteras; vainas de cuero para los machetes, cariles forrados de piel de nutria; carretas de dos ruedas tiradas por un caballo, donde trasladan las mercancías, ó las basuras que recogén cada mañana en cajones á la puerta de cada casa; los agentes de policía en las equinas, vestidos de uniforme azul oscuro, con cuellos y reveses colorados, y casco blanco que lleva en cifras muy visibles el número de cada uno; muchachos emboldados de balsas; negras llevando en la cabeza grandes vasijas de leche (la raza negra es muy abundante en Medellín); los empleados de comercio y de la administración, los médicos, abogados, profesores vestidos a la europea como modas de hace unos treinta á cuarenta años; y muy alccionados a nuestro sombrero de copa, que llevan generalmente grisletino y de forma antigua; militares mal vestidos, desahucados y desbrochados; por fin los Curus muy abundantes aquí como en todas las ciudades hispano-americanas (...). Y sobre todo, en los dinteles de los almacenes los comerciantes y sus empleados conversando, riendo, discutiendo, de política en particular, mientras aguardan a los compradores. Se ven pocas señoras, pero las que se encuentran van muy sencillamente vestidas, generalmente de negro, y con admirables cabelleras de un largo desmesurado. Toda la población obrera, hombres y mujeres, va descabado.

La vida es muy seria en Medellín; toda de trabajo y de tráfico, ó de familia y doméstica. No hay distracciones, rara vez hay teatro (...). No hay tampoco lo que se llama popularmente cafés ó restaurantes, y el Parque casi siempre está desierto.

En Medellín hace cien años. Así lo vio Jorge Brison y lo narró en su libro Viajes por Colombia.